

El Periódico ilustrado



AUBUN

SAINT-LÔ.

Año II.—Número 59.
DEL 3 AL 10 DE JUNIO DE 1866.

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Escenas de la vida militar en Méjico*, por Belza.—*Ama y crece*, por H. de Bourbon.—*El progreso*, por U. G. y Guimbao.—*A Ventura de la Vega*, por F. M. y Camacho.—*Exposición del Pacífico*.—*Saint-Lô*.—*El palacio de San James*.—*Youssof Karam*.—*Jefe de los maronitas*.—*El príncipe Conza, ex-rey de Valaquia*.—*Antigua abadía en Logchamps*.—*La terciaria*.
LÁMINAS: Saint-Lô.—*La Exposición del Pacífico*.—*El Palacio de San James, en Londres*.—*Tumbas de la reina Hortensia y de la emperatriz Josefina*.—*Youssof Karam*.—*El príncipe Conza*.—*Antigua abadía de Lougchamps*.—*La Terciaria*.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

- D. 3 San Isaac.
- l 4 San Francisco.
- m 5 San Bonifacio.
- m 6 San Norberto.
- j 7 San Pedro.
- v 8 Smo. Corazon de Jesus.
- s 9 Stos. Primo y Felic^o.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.
SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO
Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.
Provincias. . . 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.
Ultramar. . . . 80 » 50 »



Baumann

EXPOSICION DEL PACIFICO, EN EL JARDIN BOTANICO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Roberto el Diablo ha sido la única ópera ejecutada hasta ahora en el teatro de los Campos Eliseos. En ella se han distinguido sobremanera la Pascal-Damianni, artista de mérito, á quien auguramos un brillante porvenir, y el Sr. Vialety, que luce en este papel más que en otros sus excelentes facultades. En cuanto á la presentacion y decorado de la escena, no han dejado nada que desear; siendo bellísimas las tres decoraciones del Sr. Plá, sobre todo el telon del segundo acto, que representa la sala de armas. Próximamente oiremos la *Saffo*, en que hará su salida la Sra. Darbot, de cuyo talento hemos oido contar maravillas.

Fuera de este acontecimiento, ninguna novedad han ofrecido al público los teatros. Pero si no el público, al cual no es dado penetrar en todas partes, unas cuantas personas, entre las cuales tenemos el honor de contarnos, hemos disfrutado de un espectáculo verdaderamente artístico, cual ha sido la representacion de algunas piezas dramáticas en el precioso, aunque diminutivo coliseo improvisado en casa de los señores duques de Híjar.

Eran estas piezas, las tituladas *Pobres mujeres! La Sociedad de los Trece* y *El Maestro de baile*; y nada hay comparable á la gracia y naturalidad con que fueron interpretadas, sobre todo por la bella y elegante duquesa y la linda y simpática señorita de Robles; dignamente acompañadas por la señorita Ramos, y los Sres. Oudrid, San Juan y hermanos Rosuré; algunos de los cuales, más que aficionados, parece, por su soltura y su dominio de la escena, un consumado actor. Añádase á esto lo bien dispuesto del teatrillo, donde nada falta para completar la ilusion, y lo escogido y brillante de la concurrencia, y se tendrá una idea aproximada de las deliciosas noches que habremos disfrutado, y que de fijo no serán las únicas.

Por la parte que se roza con el arte, y por la merecida fama de su autor, ha llamado la atencion estos dias un folleto que, con el título de *Los héroes en el teatro*, ha dado á la estampa nuestro estimado amigo D. Julian Romea, esplicando la manera como á su juicio debe representarse la tragedia.

Aunque no estemos conformes con la doctrina del primero de nuestros actores, debemos confesar que su trabajo es digno de aprecio y merece ser estudiado. Por lo demás, la idea de que el arte es la verdad, no nos seduce, sobre todo establecida en absoluto; pues en nuestra pobre opinion, al arte es donde principalmente debe aplicarse aquella máxima antigua: *El hombre encarece con mentira para que á la verdad se venga á dar crédito.*

Diga lo que quiera el Sr. Romea, la locucion trágica y la épica son iguales, y desde el momento que sean sencillas dejarán de ser sublimes. Horacio mismo nos lo enseña escribiendo:

*Effuere leveis indigna tragedia versus,
ut festis matrona moveri iussa diebus,
intererit Satyris paulum pudibunda protervis.*

Desearíamos ver á alguno de nuestros buenos críticos ocuparse de esta cuestion, y tratarla con la madurez y amplitud que merece, pues no dudamos que de ella podrían sacar nuestros artistas provechosa enseñanza.

Tenemos á la vista un lujoso volumen hecho por Rivadeneyra, y que contiene los poemas del señor marqués de Cabriñana, precedidos de un discretísimo prólogo, de D. Leopoldo Augusto de Cueto.

El señor marqués de Cabriñana es un verdadero poeta, que ha estudiado mucho los buenos modelos, y que sólo tiene un defecto á mi juicio: el querer imitarlos siempre; lo cual le hace á veces caer en el amaneramiento. Quien como él posee tan delicado gusto literario, no debe escribir quintillas como esta, que no pasa de ser una paráfrasis:

Junto á un rosal se ponía
y las rosas alcanzaba,
pero á veces no podía;
y el blanco brazo tendía
y los ramos deshojaba.

Deje el ilustre poeta volar á su antojo su imaginacion, con lo que ántes de mucho será una de las lumbreras de nuestro Parnaso, y lejos de imitar, aspire á tener imitadores.

En otro lugar de este número publicamos una breve noticia sobre la Exposicion del Pacífico, para acompañar al grabado de la primera plana. Debemos añá-

dir á ella que la descripción detallada del viaje de la Comision y de los objetos reunidos en el Botánico, ha visto la luz en un tomo, impreso por orden del ministerio de Fomento, y escrito con gran erudicion y galanura por D. Manuel de Almagro, uno de los que más han trabajado en aquella expedicion científica.

Otras varias cosas me ocurren en este instante de que hablar á Vds., pero las reservo para otro dia, con lo cual ganaremos todos; Vds. porque de aquí allá podrán prepararse para leerlas, y yo porque me ahorro por ahora el tener que escribirlas.

M. DEL PALACIO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

DOBLE VISTA.

(Conclusion.)

Después de haberse espresado en estos términos, el anciano volvió á dejar caer la cabeza entre sus manos, y quedó nuevamente sumido en sus profundas meditaciones. Por mi parte no pude cerrar los ojos en toda la noche: amaba tiernamente á Albino, á su lado habia pasado mi juventud, y ya hombre, con él habia compartido mil riesgos y peligros; juzgad, pues, lo que mi corazón debia sufrir llorándole ya como muerto. Por fin llegó la hora de volver á ponernos en camino. Mi caballo, á pesar de hallarse en un deplorable estado, podia aun hacer esta jornada, que era la última, para poder reunir al comboy fugitivo; sin embargo, nuestro primitivo ardor se habia debilitado.

Doble-vista permanecia silencioso como de costumbre; los tristes pensamientos que agitaban mi mente y turbaban mi ánimo me impedían dirigir la palabra á Albino y este, por su parte, no teniendo con quien hablar, tampoco desplegaba sus labios.

Así continuamos nuestro camino hasta la sexta noria de Bajan, que, como las anteriores, se hallaba vacía. El agua se nos habia concluido y la sed nos atormentaba vivamente, pero nuestros caballos sufrían aun más que nosotros, pues no habian bebido desde la víspera al medio dia: el mio, sobre todo, apenas podia dar un paso. A pesar de todo, íbamos á continuar nuestra marcha cuando el viejo nos detuvo.

—Un instante, nos dijo irguiéndose sobre la silla como si fuera un jóven de veinte años. Capitan Albino, acabamos de reconocer la última noria.

—La última no, pues aun falta una, le replicó el contrabandista.

—Es mi deber deciros, continuó *Doble-vista*, que ni vos ni yo veremos la sétima cisterna de Bajan. Mis predicciones no me engañan; así pues, si quereis retroceder aun es tiempo.

Albino permaneció tranquilo, sin que su fisonomia espresase la mas mínima vacilacion.

—¿Y llegaremos bastante pronto para salvar á nuestros jefes? le preguntó.

—Mi sueño nada me ha revelado sobre este punto, pero espero que así suceda.

—Y el capitan Ruperto, continuó el contrabandista designándome, debe seguirnos?

—Sí.

—Entonces, adelante, dijo resueltamente Albino picando su caballo; nuestra vida es bien poca cosa cuando se trata de salvar á nuestros jefes, la única esperanza del país, y á quienes amenaza la traicion.

—Marchemos, pues, dijo el viejo con una fisonomia en que se marcaba á la vez la serenidad y el entusiasmo.

Nuestra caminata no continuó, sin embargo, tan rápida como lo hubieran deseado mis compañeros: á cada paso hallábamos nuevos cadáveres de caballos y de mulas, y á las dos horas de nuestra salida del rancho empezamos á subir una empinada cuesta. Cuando llegamos al punto culminante de la montaña una magnífica llanura se desplegó á nuestra vista. El mestizo, que marchaba á la cabeza, lanzó un grito de alegría, y Albino, que le seguía á corta distancia, hizo escuchar como él una exclamacion de júbilo.

—¡Gracias sean dadas á Dios! dijo el contrabandista lleno de entusiasmo; aun están sanos y salvos y hemos llegado á tiempo de prevenirlos.

Era el 21 de Marzo de 1811 y las nueve de la maña-

na, poco más ó ménos. A nuestras plantas y en medio de las llanuras de Acacita de Bajan una larga fila de carruajes ondulaba y serpenteaba en medio de los *cactus* y las *acacias*. Los cañones seguían á alguna distancia y el ruido producido por las ruedas de sus arzones y cureñas llegaba distintamente á nuestros oidos. Las banderolas de los lanceros flotaban al viento, asemejándose á un campo de trigo sembrado de amapolas; los relinchos de los caballos se mezclaban y confundían con el ruido producido por las ruedas de la artillería. A una regular distancia de los primeros carruajes, un cuerpo de tropas, que parecía ser la vanguardia, se habia detenido detrás de una pequeña colina, al rededor de la cual daba vuelta el camino. Aquellos hombres sin duda hacían un alto momentáneo, para dar á los carruajes el tiempo de reunirse á ellos.

—Ya lo veis, dijo Albino á *Doble-vista*; indudablemente deben abrigar alguna sospecha, porque su vanguardia no deja entre ellos y los carruajes sino una muy corta distancia.

El mestizo no contestó una palabra. Su mirada inteligente y penetrante examinaba con avidez el cuerpo que componia la susodicha vanguardia.

—Los caballos de aquellos soldados me parecen sobradamente descansados y frescos para animales que han sufrido los horribles tormentos de la sed en el largo camino que acaban de hacer.... Mirad sino la diferencia entre ellos y esos otros dos pelotones que avanzan penosamente por la derecha del camino. ¡Es singular!

Cerca de la colina y á bastante distancia de la fila de carruajes, seis dragones marchaban al paso. Detrás de estos seis dragones, y á cien varas de distancia, aparecia otro grupo de ginetes cuya fuerza seria de sesenta hombres, y eran precisamente los que á muy corta distancia precedían á los carruajes. Finalmente, detrás de los carros, de los bagajes y la artillería, marchaba el resto de la escolta, los unos á pié, los otros á caballo. El contraste que ofrecían estos animales, que se arrastraban penosamente, con los que montaba la tropa oculta por la colina, no habia escapado á la penetracion del mestizo. De pronto, y al aspecto de un oficial que se presentó en medio del grupo de caballería que se hallaba al parecer descansando, *Doble-vista* se estremeció y lanzó con estentórea voz un terrible grito:

—¡Traicion, traicion!... ¡Es Elizondo!

Efectivamente, era el coronel traidor que hablaba á sus soldados; pero la voz del mestizo no podia llegar á aquellos á quienes era preciso advertir.

—Ruperto, me dijo precipitadamente el anciano; vuestro caballo se halla en la imposibilidad de seguirnos. La vida de nuestros jefes depende de la carrera de los nuestros; esperadnos aquí. Pronto, pronto, Albino, entregad á vuestro amigo las riendas de vuestro caballo de mano, que sólo serviria para estorbo; y corred en pos de mi.

Maquinalmente cogi las riendas del segundo caballo del contrabandista, y éste y *Doble-vista* se precipitaron como un huracan por la rápida pendiente de la montaña, repitiendo con toda la fuerza de sus pulmones la palabra. ¡Traicion! ¡Traicion!

Pocos momentos después los perdí de vista detrás de uno de los recodos que formaba la montaña, ántes de que llegaran á la llanura.

Al verme sólo con los dos caballos del diestro, se me oprimió de tal modo el corazón, que una nube parecia ocultarme, como si fuera un velo, todo lo que pasaba al frente mio. Las siniestras predicciones del anciano, la agonía que me hacia experimentar el peligro que amenazaba á nuestros jefes, todo contribuía al trastorno en que mi cerebro se hallaba.

En aquel instante los seis dragones de la escolta de Hidalgo dieron vuelta al recodo de la colina, y entonces apercibieron el grueso de la caballería de Elizondo: dudaron un momento, pero avanzaron en seguida. Dos minutos después los seis dragones fueron cercados, desarmados y diseminados entre las filas de sus enemigos sin haber podido lanzar el grito de alarma.

Los sesenta ginetes que llegaron después sufrieron la misma suerte que los dragones, porque después de haber dudado, como los primeros, tranquilizados por la presencia del coronel Elizondo, avanzaron resueltamente. Los infelices no sospecharon la traicion y cayeron en la emboscada.

El coronel disponia de una fuerza de trescientos

hombres: dejó ciento para escoltar á los prisioneros y avanzó con doscientos hácia los carruajes. Elizondo se detuvo, con el sombrero en la mano, á la portezuela de uno de ellos, del cual descendió un hombre; por su sotana y sus largos cabellos blancos, reconocí á Hidalgo, que amigablemente tendia la mano al traidor. Desde aquel momento ya no percibi más que algunas escenas aisladas de aquel horrible drama.

Las tropas de Elizondo hicieron una descarga general con sus carabinas: los carruajes se vieron cercados y los cuatro jefes hechos prisioneros. Un sudor frio bañaba mi frente y la más completa agonía desgarró mi corazón.

Cuando el humo de la pólvora se hubo algun tanto disipado, ví de nuevo á Elizondo al esiribo de otro carruaje. Le dispararon un tiro casi á quema-ropa, pero el traidor se salvó milagrosamente. Otro soldado de los suyos descargó á su vez un pistoletazo por la portezuela del coche, del cual salió á los pocos momentos un hombre, que por su arrogante figura y sus rubios cabellos, reconocí ser Allende; estrechaba entre sus brazos el cadáver de un hermoso jóven, y más tarde supe que aquella noble víctima era su hijo!...

Hidalgo, Allende, Abasolo y Aldama se vieron obligados á montar á caballo, pues así lo ordenó Elizondo, y los ví pocos momentos despues desaparecer escoltados por aquellos que tenían sed de su sangre. Los carruajes volvieron á ponerse en movimiento, vacios los unos y los otros conduciendo prisioneros de un grado inferior. El crimen se habia consumado.

Descendí de mi caballo y fui á sentarme á la orilla del camino: mis lágrimas corrieron abundantemente. Me hallaba sumido en una mortal tristeza cuando el ruido del galope de un caballo me hizo levantar los ojos. Aquel caballo venia directamente hácia donde yo estaba, y conducía sujeto con cuerdas sobre la silla el cadáver de un hombre decapitado: era el de *Doble-vista*. Por burla ó capricho de su matador, habian atado la cabeza del desgraciado en el arzon de la silla.

Escuso decir que cumplí con escrupuloso cuidado la última voluntad del difunto. En la llanura, encontré tambien el cuerpo de Albino, que dormía ya, como me habia anunciado *Doble-vista*, el sueño eterno. Su abnegacion inútil les habia costado á ambos la vida, y segun la prediccion del anciano, llegué sólo á sétima noria de Bajan, la cual no se hallaba, como las otras, destruida ni desecada.

Tal vez la cabeza del mestizo se encuentre aun en el árbol donde yo la deposité, rogando al cielo por aquellas dos victimas, mártires de la independencia, de su patria por su abnegacion y patriotismo.

J. BELZA.

EL PROGRESO.

Mucho cuidado, señores; mucho cuidado con equivocarse. No se apresuren Vds. á juzgar antes de leer: Esperen Vds. un momento.

No quiero que ninguno se regocije con la palabra *progreso*, ni tampoco que ninguno la vitupere.

A Dios lo que es Dios, y al César lo que es del César.

El *progreso*, lectores, es indispensable al hombre, si quiere caminar al estado de perfeccion para que ha sido criado.

Entre parentésis. Dos cuartos apostaba á que el lector me va tomando por algun progresista, si no de los puros, cuando menos de los *centenos*. Y por si acaso, bueno será decir, que si por progresista se entiende todo aquel que por medios lícitos aspira á mejorar la posicion que ocupa en este valle de lágrimas, me conformo con tal calificacion, que concuerda exactamente con el *progreso* de que me ocupo. Pero si, como dijo el otro, alguno toma la palabrita por donde quema, pudiera muy bien lastimarse.

Cerremos el paréntesis.

Y en efecto; ¿quién será el mortal que se encuentre plenamente satisfecho con su método de vida, en términos que ya no apetezca ni más bienes, ni más honores, ni más tranquilidad de la que posee? Ninguno. No puede haberle.

Por algo se dijo aquello de: *ea est hominum conditio*

ut nemo sua sorte sit contentus. Tal es la condicion de los hombres, que ninguno se contenta con su suerte.

No há mucho tiempo, lei que la verdadera felicidad consistia en la tranquilidad de la conciencia; y yo creo que, aunque influye poderosamente en la tranquilidad material la del espíritu, sólo puede considerarse feliz el que se conforma con lo que tiene, y como esto es muy difícil de encontrar, hé aquí por qué decimos que en este mundo no hay felicidad completa.

Todos queremos tener algo más de lo que tenemos; todos queremos ser algo más de lo que somos; todos, en fin, queremos progresar. Pero comunmente lo queremos hacer con tal rapidez que, en vez de caminar adelante, solemos dar algun tropiezo y quedarnos más atrás de lo que estábamos; así es, que de la manera de interpretar ó de practicar el *progreso*, pende que hagamos más próxima nuestra felicidad, ó que caigamos, como por escotillon, en la más deplorable inaptitud.

Pasemos á la práctica.

Dolores, por ejemplo, era una niña muy bonita. El carmin de sus mejillas lo envidiaban las rosas. El brillo de sus ojos amortiguaba los rayos del mismo sol; y el dorado de sus cabellos podia pasar por oro fino en el obrador de un joyero. Era, en fin, un conjunto de perfeccion su personilla, y dispensen Vds. la expresion, porque llamar persona á una niña tan especial parece muy ordinario.

Dolores habia pasado de la raya, esto es, habia cumplido los quince años, porque segun tengo observado, el año catorce es para el bello sexo una especie de frontera que separa á la niña de la mujer, con tanto ó más interés que si se tratara de dividir dos territorios. En cumpliendo los quince abriles cualquiera niña puede casarse, y Dolores está muy persuadida de ello.

Era esta la única hija de un empleado, que por no salir de casa durante la última *enfermedad reinante*, se habia quedado sin destino, siendo tal el apuro de la familia, que para subsistir habian tenido que *comerse* hasta las pocas alhajas que la esposa doña Mencía habia aportado al matrimonio, segun todo aparece de los capítulos matrimoniales, de que doy fé, como pudiera decir un notario rancio.

No tenían más amparo que los diez ó doce reales que diariamente sacaba el pobre papá copiando pliegos, y con lo cual, segun las crónicas cuentan, no tenían ni aun para la gracia de Dios, como decia doña Mencía, ó sea el pan, como diria un servidor de ustedes.

Para progresar, ó mejor dicho, para salir de semejantes apuros, habian convenido los papás en casar á la niña si se presentaba un buen partido,—cosa que ni con farol se encuentra en estos tiempos,—con objeto de asegurarla el porvenir, y de que al propio tiempo les sirviera de alivio en su ancianidad.

Tenia los ojos puestos sobre Dolores un jóven, el más hombre de bien que se paseaba por la córte. Ni fumaba, ni bebia, ni jugaba. Rara vez se le veia en teatros ni en paseos: era como suele decirse un Juan Lanas de puro bonachon. Su amor era inmenso, pero no sabia como declararlo. Lo habia intentado un sinnúmero de veces y otras tantas se contuvo; hasta que por fin, tras algunas idas y venidas, y despues de varias correspondencias verbales y epistolares, se decidió á solicitar la blanca mano de su adorada. El pobre mozo no les entró por el ojo derecho á los papás, por la razon de que á pesar de ser un hombre de bien, tan sólo ganaba cinco mil reales, y esto les parecia muy poco para realizar su propósito. El resultado fué que le dijeron *que nó*, ó hablando con claridad, le dieron calabazas.

Todavía se conservaba fresca la simiente de este producto vegetal cuando otro jóven siguió la pista á Dolorcitas. Se vieron una noche en el teatro, cambiáronse algunas palabras, y quedaron completamente acordes al despedirse. El nuevo pollo se convenció de que la niña era un portento por su amabilidad y belleza, y ésta comprendió que aquel, además de los botitos de charol, del hermoso pantalon, del caprichoso chaleco, del admirable levisac, del precioso reloj y demás prendas que le adornaban, reunia la de cobrar diez mil realitos de sueldo. Regocijase los papás y alborótase la niña ante semejante partido. No se cuidan de si el pretendiente es de condiciones recomendables, ni de si debe al favoritismo ó á su disposicion el cargo que desempeña.

¿Cobra diez mil reales? Pues ya es un excelente chico. El partido es admirable.

La familia se sostiene con escasez y es preciso pasarlo mejor. Es necesario progresar. Y antes de un mes se llevó á efecto el enlace.

Locos de contentos se hallaban los papás y la hija, cuando á un porrazo, digo, á una caída ministerial, sucedió la cesantía del recién casado.

La consternacion más espantosa se apoderó entonces del papá, de la mamá y de la niña.

La luna de miel de estos tres progresistas trocóse en luna de hiel y vinagre, y aquello que llamaban excelente partido, lo fué efectivamente, porque les partió de medio á medio.

El novio no servia ni aun para copiar pliegos, como su papá político, porque apenas sabia escribir, y si antes percibia lo que percibia, era por haber tenido en el ministerio no sé qué tio, que sin duda era el que le prestaba la inteligencia para cobrar los diez mil consabidos. No puedo acertar de qué manera le enseñaria á ganarlos. Tal vez fuera por medio de la enseñanza natural, ó intuitiva. ¿Eh? ¿Qué les parece á Vds? Pero no debemos pararnos en estas pequeneces puesto que otras curiosidades mayores podemos ver en estos dias. Y si no..... allí están en el jardín Botánico los objetos del Pacífico! ¡Qué bien debe estarse en el Pacífico! Sobre todo, allí debe reinar mucho la paz.

Tanto queria yo progresar, que de veras iba perdiendo el hilo de la historia.

El caso es, que antes de casarse Dolorcitas, eran solo tres para gastar, y despues eran cuatro los *gastadores*. Bien hubieran querido deshacer lo hecho y preferir los cinco mil reales del hombre laborioso; pero ya era tarde. Algo más les hubiera valido, porque mientras tuvieron lugar los disgustos espresados, habia este conseguido por oposicion la plaza de auxiliar en una dependencia del Estado, con la asignacion de seis mil reales y probabilidades de ascender.

Aquí tienen Vds. un caso que hemos preferido á otros por lo comunes que son los deseos de progresar por medio del matrimonio.

Hay padres que prefieren la honradez á una fortuna sobrada, pero son más los que, estimulados por un ciego cariño, arrastran á sus hijos á una sima de padecimientos por el sendero de las riquezas.

¿Qué gana la mujer que se casa con un hombre rico, si está aprisionado por los vicios, cuando todos los bienes que este atesoro pueden desaparecer al simple tacto de una carta? Se espone á ser una mártir mientras viva, ó á perecer tal vez muy pronto á causa de infinitos pesares, todo lo cual hubiera podido evitar sin duda alguna conformándose con una mediana posicion.

¿Y qué gana el hombre que se une á una mujer poderosa, si poseida esta de la más esquisita vanidad, sólo respira libremente allí donde puede hacer ostentacion del lujo, sin acordarse de que es ó puede ser madre? Pasarán los dias de felicidad veloces como el relámpago, y el germen de las disensiones tenderá sus raíces esterminadoras en el seno de la familia.

¿Y qué ganan todos aquellos que por medios ilegales, y con perjuicio del prójimo, todo lo arrollan con tal de realizar sus ambiciosos planes? ¿Qué progresan? Vivir en continua zozobra agobiados por el peso de su ennegrecida conciencia, y espuestos á ser el escarnio de la sociedad, apenas se rasgue el velo sutil que cubre todas sus tramas. Porque desengañémonos: un día viene tras otro, y mientras Dios exista, nada que hagamos, nada que pensemos dejará alguna vez de descubrirse.

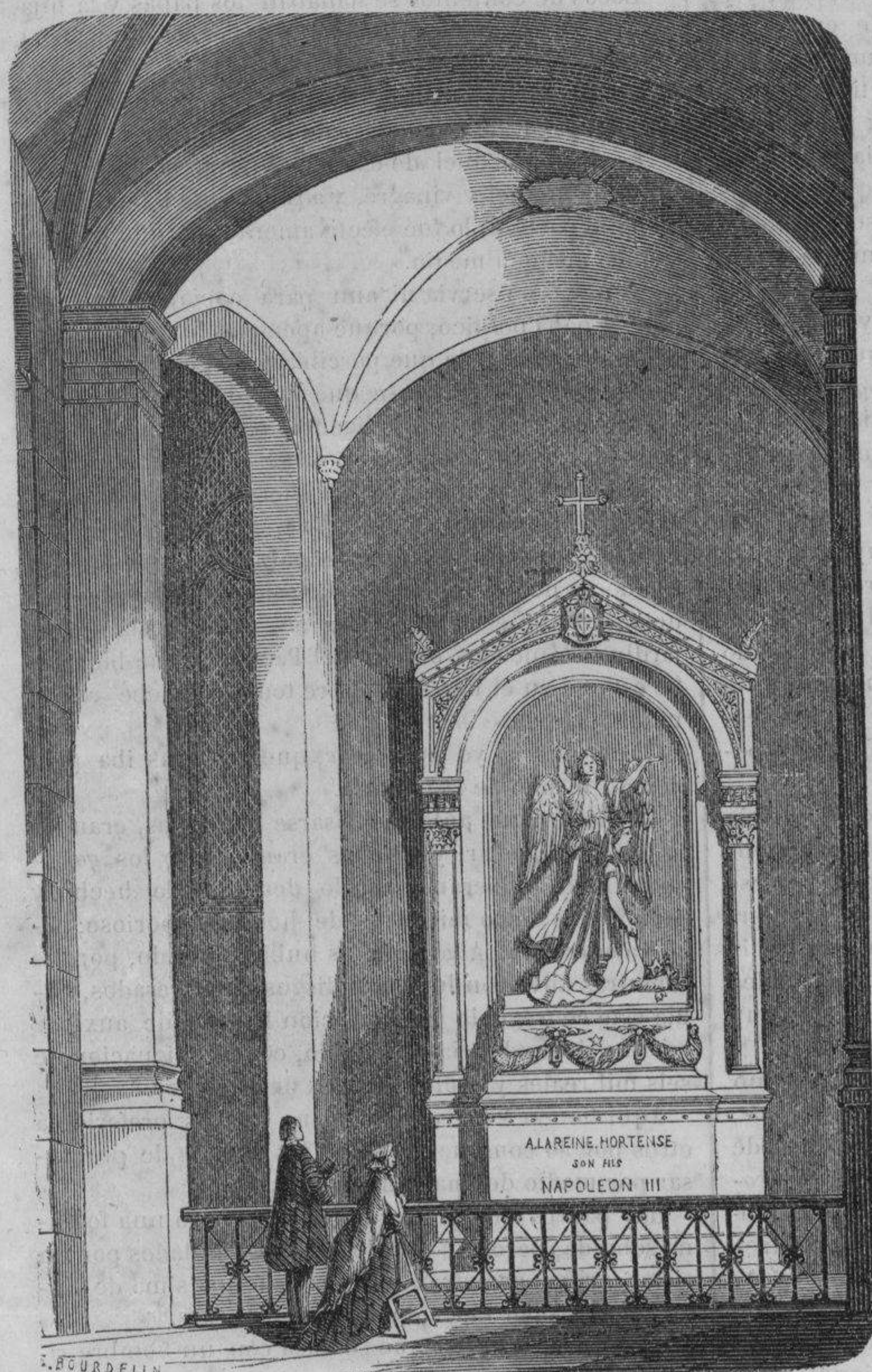
Tambien al querer mejorar de fortuna, al querer progresar, debemos tener presente que nos hallamos condenados al trabajo, y que en vano huiremos de él, porque siempre ha sido, es y será nuestra sombra.

¿Queremos ser felices? ¿queremos progresar? Pues resignémonos con nuestros haberes, contengamos un poco nuestras aspiraciones, refrenemos nuestros vicios; y tomando por base el trabajo, acortaremos paulatinamente nuestras necesidades; y entonces es cuando podremos titularnos unos buenos progresistas; entonces es cuando obtendremos una vida tranquila, que es á lo único que podemos aspirar en este mundo.

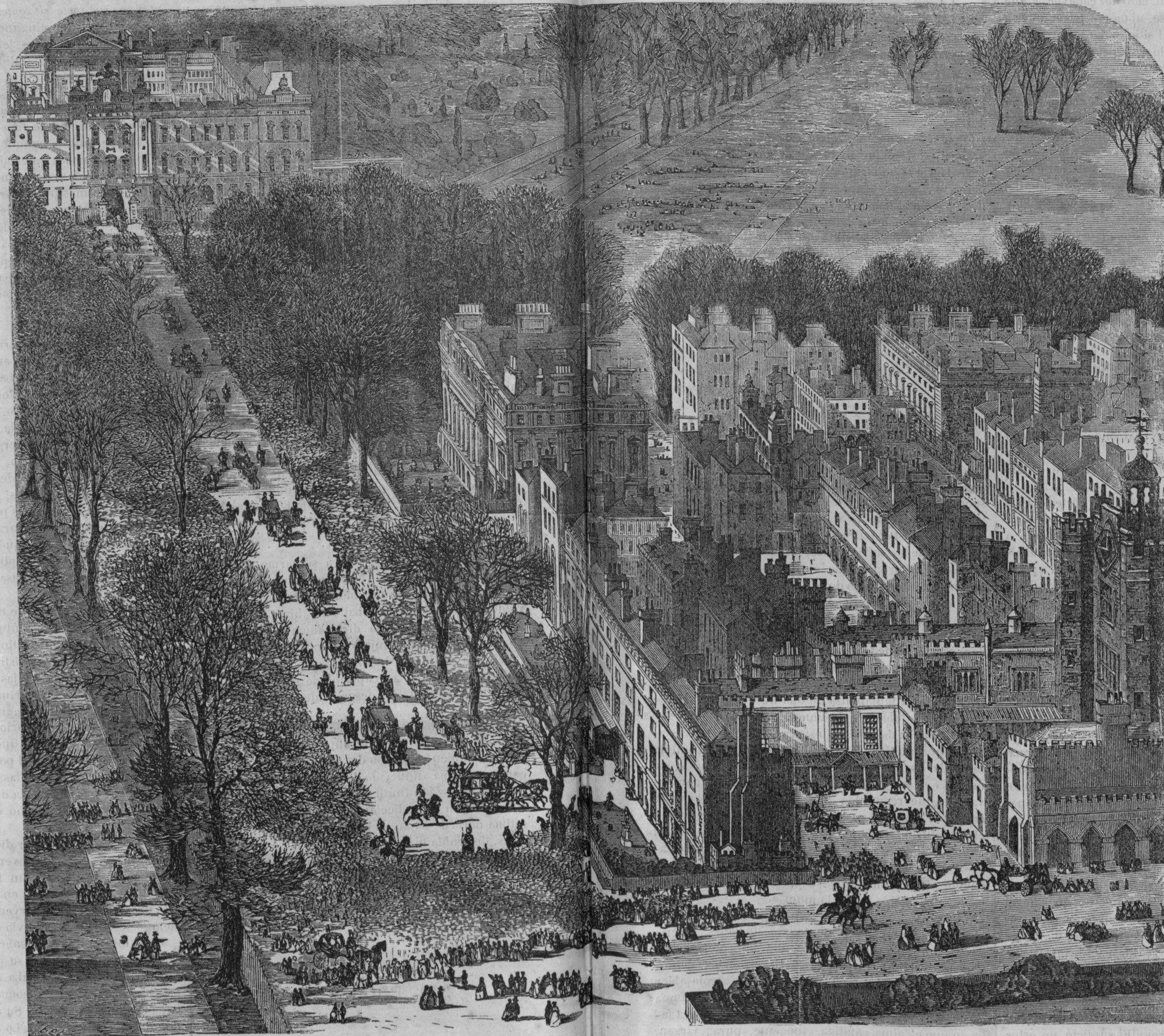
Un duro ganado con honradez, satisface más que muchos millones de duros ganados por medios viles.

Es preferible ser pobre y bueno, que rico y malo.

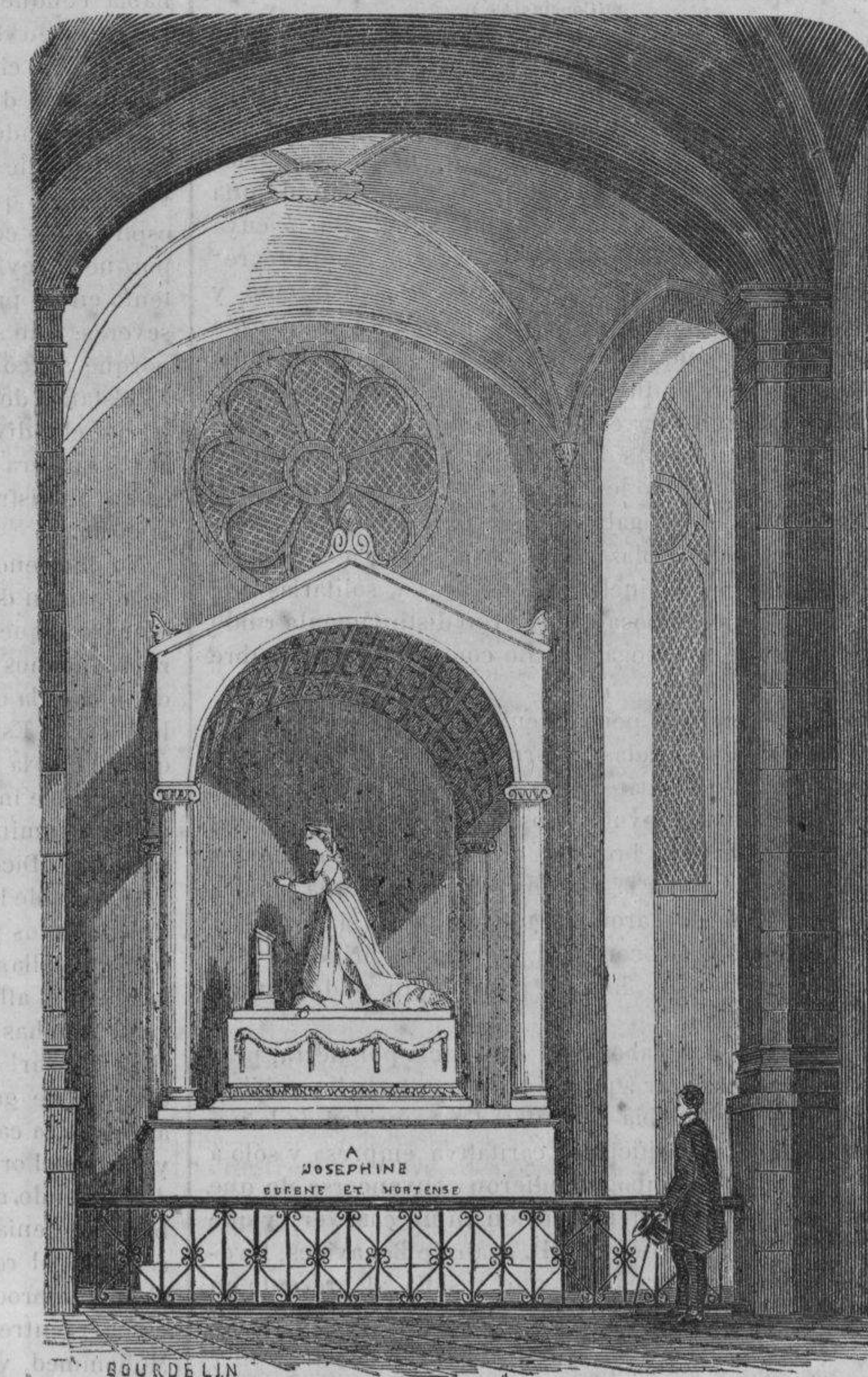
URBANO GASCON Y GUIMBAO.



TUMBA DE LA REINA HORTENSIA, EN RUEIL.



EL PALACIO DE SAN JAMES, RESIDENCIA DE LA REINA DE INGLATERRA.



TUMBA DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA, EN RUEIL.



YOUSOUF KARAM, JEFE DE LOS MARONITAS.

PALACIO DE SAN JAMES, EN LÓNDRES.

Este hermoso edificio, donde acaba de reinstalarse la reina Victoria, y donde celebra sus grandes recepciones, es la antigua habitación de la monarquía inglesa; pues el palacio de Buckingham, sólo es residencia real desde 1837.

San James ha sido la morada de los soberanos de la Gran Bretaña desde el incendio de Whitehall, ocurrido en 1698. Mandado construir por Enrique VIII para Ana Bolena, una de sus varias esposas, y que tuvo el trágico fin de todas, fué levantado sobre el lugar de un antiguo hospicio; lo cual hizo decir á un ajuer del país: «la Inglaterra aloja sus pobres en los palacios, y sus reyes en los hospitales.» El aspecto del edificio es grandioso é imponente, hasta el punto de que, no viendo más que la fachada, se duda cuál pueda ser su destino. Sin embargo, el interior está decorado con rara y sorprendente magnificencia.

En este palacio fué donde se refugió, de 1633 á 1644, María de Médicis, reina de Francia y madre de Luis XIII, para escapar á las persecuciones del cardenal de Richelieu; y en él se verifican todas las grandes ceremonias oficiales, que, como todo lo de Inglaterra, tienen un carácter bastante especial.

MONUMENTOS PÚBLICOS DE RUEIL.

Pocos días hace, el pasado Mayo, se habrán celebrado en la iglesia de Rueil, las honras fúnebres instituidas al aniversario de la muerte de la emperatriz Josefina.

En esta iglesia de Rueil, la Malmaison, el retiro tan amado por la agraciada esposa de Napoleón I, es donde descansan sus restos mortales, lo mismo que los de la emperatriz Josefina, madre del emperador actual.

Nuestros grabados de cuarta y quinta plana, representan los monumentos elevados á la memoria de estas dos princesas; que, son igualmente interesantes bajo el punto de vista del arte, y hacen honor á Mr. Barre, autor de las estatuas que los decoran. Los sarcófagos que guardan sus cenizas están colocados en una cripta subterránea que ha sido construida por Mr. Lacroix.

YOUSOUF KARAM Y EL PRÍNCIPE GOUZA.

Los retratos que figuran en las planas del centro de este número, son de aquellos personajes, notables ambos cada uno en su época, que en nuestra historia contemporánea.

Youssouf Karam, ó por mejor decir, José Karan, es el jefe de los montañeses cristianos del Líbano, conocidos con el nombre de maronitas. Investido por la Puerta Otomana con el cargo de jefe de la montaña, bajo la autoridad de Daoud Pachá, ha logrado en varios encuentros derrotar á los drusos y dispersar sus falanjes, talando poblaciones, y vengando las crueldades cometidas antes por estos, contra los maronitas. Esta cuestión no está resuelta todavía, pues mientras Francia trabaja por arreglar la paz, y someter á los rebeldes montañeses, la Puerta Otomana envía nuevas tropas contra los drusos á las órdenes de Dervich Pachá.

En cuanto al príncipe Couza, oficial moldavo, pertenece á la pequeña nobleza del país, é hizo en París sus primeros estudios. La alta reputación de su padre, más que la suya propia, le llevó á desempeñar altas funciones administrativas. Cuando la reunión de las dos provincias de Moldavia y Valaquia en 1859, fué llamado al trono de los Principados Danubianos. Pero su reinado sobre un pueblo joven, y que carece todavía de homogeneidad, no fué más que una continua crisis que terminó por una revolución en Febrero último.

Dichosamente la revolución no fué sangrienta. El príncipe, detenido y encarcelado, recibió en breve la libertad, y en unión de su esposa vive retirado en el extranjero.



EL PRÍNCIPE COUZA, EX-REY DE VALAQUIA.

LOS CARVAJALES.

(Conclusion.)

Al propio tiempo que ocurrían las escenas que acabamos de describir, otras de muy distinto género tenían lugar en una casa de la calle de los Angeles, donde otros dos hermanos, igualmente jóvenes, y como los Leivas, gallardos y valientes, se despedían de una hermana menor que había casado aquel día, á cuya boda habían venido desde Martos y para donde regresaban aquella misma noche llenos de satisfacción y de contento, después de haber abrazado á su querida hermana, dejándola en brazos del hombre á quien amaba y con el que indudablemente iba á ser feliz. Luego salieron á la calle, dirigiéndose á uno de los mesones extramuros de la ciudad, donde el día anterior habían dejado los caballos. El camino que emprendieron les obligaba á pasar precisamente por los alrededores de la plaza Real, y al llegar á la esquina de una de las callejuelas más oscuras y solitarias que en aquella desembocaban, oyeron distintamente ruido de aceros y un ahogado grito como el de un hombre que pide socorro.

Veloces como el pensamiento, ambos hermanos tiraron de sus espadas y corrieron al sitio de donde había partido el grito, pero era ya tarde. Un hombre yacía en el suelo revolcándose en la sangre que de dos profundas heridas brotaba, al tiempo mismo que dos sombras huían por la esquina opuesta con una rapidez inconcebible. Dudaron por un momento si perseguir á los asesinos ó socorrer al que en un principio creyeron únicamente herido, pero al fin se decidieron por esto último.

Levantaron la cabeza del que yacía por tierra, procurando reconocer sus heridas y prestarle los auxilios que á su juicio debía necesitar. La oscuridad de la noche hacía harto difícil su caritativa empresa y sólo á la luz de un relámpago pudieron convencerse de que sus brazos únicamente sostenían un cadáver, y que este no era otro que el de D. Juan de Benavides, favorito del rey D. Fernando, que residía al presente en la ciudad de Palencia.

Al lívido fulgor del citado relámpago, y en el momento en que ambos hermanos abandonaban en el suelo la cabeza del que no les era posible socorrer, un hombrecillo contrahecho, que como evocación satánica apareció detrás de los dos hermanos, dió un ahogado grito, y volviendo á la carrera por el mismo sitio por donde había venido, desembocó en la plaza y penetró en el palacio, mandando al capitán de guardias fuese á recoger el cadáver de D. Juan, dando para verificarlo exactas las señas del punto donde debían hallarle.

Terminada esta operación subió á las habitaciones del rey, cuyas puertas se abrieron á su sola presencia, donde estuvo conferenciando con S. A. próximamente unos quince minutos. Lo que el hombrecillo contrahecho pudo decirle, fácilmente se presume, pero si alguna duda pudiese haber, nos sacarian de ella las significativas palabras con que terminó tan breve conferencia.

—¿Estás seguro de lo que dices? preguntó el rey con voz ahogada por la cólera.

—Cuando digo que lo he visto yo mismo... eran los hermanos Carvajales, no me cabe duda.

—¿Pero qué motivo de resentimiento podían tener con D. Juan de Benavides?

Eso á tí te toca el averiguarlo, rey mío; por mi parte, lo que puedo decir es, que al retirarme á casa, de regreso de mi ronda diaria, como lo verifico todas las noches, en busca de aventuras amorosas, á las que soy bastante aficionado y en las que no tengo mala fortuna, siquiera por lo buen mozo, oí el grito ahogado que se exhaló del alma de D. Juan, y eché á correr en dirección á donde había partido con el objeto, si no de socorrerle, al menos de averiguar lo que le averiguado, es decir, que sus asesinos eran los dos apuestos caballeros de Martos, llamados Carvajales, que habían venido hace tres días á la boda de su hermana.

El rey dió inmediatamente órdenes para que se buscasen y fuesen presos los supuestos asesinos, y su furor no conoció límites, cuando á las dos horas vinieron á decirle que los dos hermanos cuya prisión había decretado, habían salido de la ciudad, y en su consecuencia no podían ser habidos.

Efectivamente, D. Pedro y D. Juan, que así se llamaban los Carvajales, comprendiendo lo que podría

sucedérles si eran hallados al lado del cadáver, y que les sería imposible justificarse, ni menos hacer creer á nadie el noble objeto que al sitio de la catástrofe no había conducido, juzgaron lo más prudente no detenerse, ir en busca de sus caballos y salir inmediatamente de la ciudad, como así lo verificaron.

A los seis días llegaron á Martos sin contratiempo alguno, donde habiendo trascurrido algunos meses sin que nadie los hubiese molestado, llegaron á convencerse de que nada tenían que temer y abrieron su espíritu á la confianza: no les faltaba razón para ello, porque el rey, después de frustrada la prisión que intentó en un principio, prohibió bajo las penas más severas, que se volviese hablar más de aquel suceso, porque así convenía sin duda á sus planes ulteriores.

Réstanos decir que el delator oficioso, el ente contrario, el individuo que con tanta familiaridad trataba al rey, no era otro que *Andresillo*, su bufon, y que, como tal, disfrutaba de las más altas preeminencias en la corte.

No queriendo poner nada de nuestra cosecha en la terminación de este crimen, cometido por uno de los monarcas que se preciaba de más equitativo y justo, reproducimos á continuación la versión más autorizada, que es la que D. Modesto Lafuente trasmite en su historia de España, al ocuparse de este monarca; porque siendo la más moderna, y habiendo sido escrita con notable imparcialidad y criterio, ninguna mejor pudiera suministrarnos segura luz sobre asunto de tanto interés. Dice así:

«La paz de los de Algeciras sirvió de pretexto á los descontentos y á los conspiradores de Granada para hacer estallar más pronto la conjuración. Un día á la hora del alba de la fiesta de Alfitra, cercaron el alcazar muchas gentes del pueblo bajo gritando: «¡Viva Muley Nazar! ¡viva nuestro rey Nazar!» Otra infinita chusma de gente menuda, dice el historiador árabe, acometió la casa wacir Abu Abdallah el Lachmi, y robó y saqueó el oro, la plata, vestidos, armas y caballos, destruyendo ricas alhajas, y quemando preciosos libros que tenía. Entretanto los caudillos de la sedición cercaron al rey Mohammed y le intimaron que, pues el pueblo proclamaba á su hermano Nazar, le daban á escoger entre perder la corona ó la cabeza. El buen Mohammed, viéndose sólo, prefirió lo primero, y renunció aquella noche el reino en su hermano, el cual sin querer verle, le hizo conducir á Almuñecar, donde aún sobrevivió cinco ó seis años á su infortunio. El Nazar quedó solemnemente proclamado (1). Apenas se supo en Castilla la revolución de Granada, el rey Fernando, de acuerdo con el de Aragón, determinó hacer una nueva expedición á Andalucía. Las Cortes de Valladolid le votaron cinco servicios y una moneda forera, y el ejército castellano, conducido por el infante D. Pedro, fué á poner sitio á Alcaudete, sin que el nuevo emir de Granada pudiera conseguir una tregua que pidió al de Castilla. El rey, después de haber recorrido varios pueblos de Castilla y de León, pasó á Jaén para incorporarse con su ejército de Alcaudete, dos meses hacía cercada por su hermano D. Pedro. Al llegar á Martos, mandó dar muerte á dos caballeros, de quienes se sospechaba que eran los que habían asesinado á un favorito del rey. El suplicio de estos dos caballeros hizo entonces gran ruido y adquirió después gran celebridad histórica, así por haber ocasionado la muerte del rey con circunstancias bien singulares, como por haber dado motivo á que se le aplicara el sobrenombre de el *Emplazado*, con que es conocido en la historia.

Cuenta la crónica, que hallándose el rey en Palencia (2), al salir una noche del palacio real el caballero D. Juan de Benavides de hablar con el rey, fué asaltado y asesinado por dos hombres. Sospechábase que los dos caballeros que el rey encontró en Martos, eran los asesinos de Benavides, y aunque ellos protestaron e el monarca y ofrecieron hacer una plena justificación de su inocencia, el rey se negó á admitirla, y sin forma de proceso «mandólos despeñar de la peña de Martos.» Al tiempo de morir, viendo, dice la crónica, que los mataban con tuerto, esto es, injustamente, emplazaron al rey para que compareciesen con ellos á juicio ante el tribunal de Dios dentro de treinta días. Eran estos caballeros dos hermanos llamados D. Pedro y D. Juan de Carvajal. Hecha la ejecución, el rey se fué á los campos de Alcaudete, donde le acometió

(1) Al Katib, en Conde, cap. xv.—Otros hacen á el Nazar tío de Mohammed.

(2) No en Plasencia, como dice equivocadamente Romey.

una dolencia, que hizo necesario retirarle á Jaén, donde á pocos días recibió la noticia de haberse rondado la plaza al infante D. Pedro y haberse hecho la paz con el rey de Granada. Al decir de algunas crónicas, el rey parecía haber recobrado casi la salud, como que habiendo ido D. Pedro su hermano á verle, acordó con él y con los ricos hombres que fuesen al otro día á hacer la guerra al Wali de Málaga, enemigo del de Granada, con quien estaba ya avenido. Habiendo comido el rey, se fué á dormir, y cuando entraron á despertarle le hallaron muerto.

Era el 7 de Setiembre (1312), y se cumplía el plazo de los treinta días que le habían señalado los hermanos Carvajales, para comparecer con ellos ante Dios, por cuyo motivo se le dió el nombre de Fernando el Emplazado con que le designa la historia; y era natural que su muerte se atribuyera á castigo del cielo (1). Murió de edad de treinta años, y había reinado algo más de diez y siete (2).»

J. BELZA.

AMA Y CREE.

Fantasía.

A A.**

(Las ilusiones son la vida. ha dicho Goethe.)

¿Quién no tiene ilusiones? ¿Quién no acaricia un sueño dorado? ¿Quién no espera nada del porvenir? ¿Cuál es el sér que no abriga una esperanza, que no desea el bienestar del cuerpo como el del alma, y quién, en medio de los sufrimientos, de los tormentos incesantes que le proporciona el infortunio, no tiene, en medio de ese supremo dolor, una esperanza de felicidad; que, en medio de esas tinieblas donde boga su alma lacerada por el dolor, no apercibe una luz que surge flamígera de la oscuridad, guiándole por el sendero escabroso de la vida, cual faro que anuncia al buque batido por la tempestad un puerto de salvación, dándole al mismo tiempo el heroico valor de la resignación con la lontananza de una nueva vida llena de sensaciones dulces y desconocidas?

¡Oh! ¡infeliz del que no espera nada!... ¡Desgraciado del que no tiene fé en la Providencia! es un alma saturada por el dolor y los amargos desengaños; sumergida en las profundidades de la duda, no conserva mas que recuerdos que se complace en evocar creyendo gozar el pasado y el presente.... pero en el porvenir no tiene fé, ni creencia, ni deseo, ni el anhelo de llegar á él para ver sus ilusiones realizadas porque no las tiene; su corazón frío, no late ya conmovido por una dulce esperanza, y su alma es triste é insensible como la muerte.

No puedo creer que no tengas ilusiones, querida A**, porque á semejanza de una flor que, al despertar la sublime aurora, abre su puro cáliz, desenvuelve sus pétalos purpúreos y deja á su corola abierta aspirar con delicias el céfiro ligero, suave, perfumado de un día de primavera, has llegado á esa hora feliz en que el alma cándida, inocente, pura; virgen, eleva reconocida una santa plegaria al Dios creador por su infinita bondad; en que el corazón dilatado por las esperanzas que crea una imaginación de 17 años, esparce sus esencias místicas de fé en el porvenir y en Dios!....

(1) «Entiéndese, dice Mariana, que su poco orden en comer y en beber le acarrearón la muerte.» Lo cual no extrañáramos, pues al decir de la crónica: «vinose para Jaén con la dolencia, y non se queriendo guardar comia carne cada día y bebía vino.» Cap. LXIV.

(2) La Crónica antigua de este rey, que muchos suponen escrita de orden de su hijo Alfonso XI, por Hernán Sánchez de Tobar, notario y canciller de Castilla, así como la de Alfonso el Sabio y Sancho el Bravo, aunque al principio relata bien los sucesos, empieza pronto á trastocar la cronología, poniendo en unos años lo que aconteció en otros. Nótese esto especialmente en los últimos años de este reinado, en que se supone el nacimiento del niño Alfonso en 1309, y la muerte de su padre D. Fernando en 1310. Por lo que ha sido preciso, para fijar bien la cronología, apelar á documentos más seguros y á otras historias. Entre las cuales ha servido mucho el Cronicon de D. Juan Manuel, que publicó Flores en el tomo II de la España Sagrada.—Véase sobre esto á Ulloa. Cronología de España, en el tomo II de las Memorias de la Academia de la Historia, pág. 432.—Pero no sabemos como Romey ha podido estampar lo siguiente: «La crónica de Fernando IV (cap. LXII) dice que Alfonso XI nació el viernes 3 de Agosto de 1341. La Crónica del rey D. Alonso el onceavo dice expresamente que la reina Constanza dió á luz á Alfonso XI viernes 13 de Agosto del año de mil trescientos once.» Romey, tomo VII.—de su historia, pág. 522, nota 4.—Nosotros, que tenemos delante las dos Crónicas, estamos leyendo, no lo que dice Romey, sino lo que arriba hemos dicho.

Dádonos Dios! la inteligencia y la sensualidad, nos ha legado como un dote vital, esencial, un deseo imperioso de ir mas allá del presente, de correr el velo que nos cubre el tiempo por venir, soñando dichas sin fin, inestinguibles goces y felicidades inmensas.

Dios es grande é infinito y ha comprendido que sin ese deseo el hombre no hubiera existido ó hubiera sido una naturaleza incompleta, un cuerpo estéril, frío é insensible, un alma errante sin aspiraciones, un corazon sin latidos y sin generosos impulsos.

Todos tenemos ilusiones, todos tenemos esperanza y fé en el porvenir, todos deseamos disfrutar una vida mejor que la que llevamos, todos tenemos nuestros sueños de ambicion, de gloria, de amor.

El poeta sueña una epopeya de gloria, de triunfos, ó le anima el fuego divino del amor del alma; sin esa ambicion, sin ese amor no seria poeta, no crearia esas suaves melodías del alma que llegan hasta lo sublime y que emanan de una pura y gran pasion; no dejaría en el Parnaso sus obras maestras que surgen de su imaginacion ardiente y fecunda, poesías llenas de amor, de dulzura, brotan á torrentes de su corazon apasionado y cada verso encierra un poema, un idilio de amor á Dios y á sus semejantes. Encuentra poesia en todas partes, ve la sublimidad de la naturaleza adonde otro ve la desnudez de la vejetacion; todo lo ve de color de rosa, todo le aparece como encantado y le sonrie, ama á todos y les quiere hacer participar de sus queridas esperanzas.

El filósofo tambien tiene sus esperanzas de gloria, tambien tiene sus ilusiones de amor quizás mas esencias que las del poeta. Su espíritu analítico que profundiza cada cosa, quiere siempre estenderse y elevarse más allá de los limites de la inteligencia común; anhela descubrir y comprender los misterios sublimes de la creacion, remonta sus pensamientos hácia la morada celeste, y dando curso, cual un torrente impetuoso, á su fogosa imaginacion, recorre veloz las vastas regiones del infinito. Su ambicion es legar á la humanidad una luz que la guie segura hácia todos los misterios de la naturaleza.

Todos, querida A**, tenemos nuestros sueños ilusorios; desde la mísera guardilla hasta el suntuoso palacio, todos abrigamos en el corazon una esperanza cualquiera.

Mi pluma inhábil quisiera persuadirte de que tú tambien posees, como todos, tus ilusiones y tus sueños dorados que apercibirás allá en el porvenir bajo un cielo trasparente y puro, y cubiertos de una finisima gasa que anhelas levantar con mano insegura y corazon agitado.

En la flor de tu vida, pues, apenas entras en esa gran escena de la comedia humana, no tener ilusiones seria una vida sin sensaciones de ninguna clase, una larga cadena de dias, sin aroma, sin goces, una interminable série de instantes monotonos y frios como la noche umbrifera que estiende su manto de crespon.

Abre tu tierno corazon á la esperanza, aspira con ardor el aroma que emana de una poética ilusion y creyendo en Dios serás feliz.—No pienses nunca en los desengaños que nos lega la vida, que si han de amargar alguna vez tu existencia efimera, ha de quedarte siempre la fé en la Providencia; porque ella es el bálsamo que dulcifica nuestras penas, que mitiga nuestros dolores, que eleva nuestra alma dolorida hácia los sentimientos más nobles y grandes. Ella es el ultimo recurso del desdichado que la abraza y la alimenta con entusiasmo. Ella es quien en medio de los largos y palpitantes sufrimientos del infeliz, del desheredado de los bienes de la tierra, introduce un rayo resplandeciente y vivificador en su seno, dándole una nueva vida, cicatrizando sus sangrientas heridas, irguiendo su cabeza caída bajo el peso de la desgracia y dilatando su pecho con nuevas esperanzas.

Dios quiera, y es lo que mas anhelo, que no se te marchiten y mueran las ilusiones que crees no tener y que tu juventud é inesperienza no han formulado todavía, estando tus sueños cubiertos aun por el blanco velo de la inocencia; porque, llegará un dia en que tu ardiente corazon quiera amar, en que tu alma pura buscará otra con la cual pueda fundirse en una sola.

Por eso te digo ¡ama y cree!
Madrid 4.º de Mayo de 1866.

HENRI DE BOURBON.

LA EXPOSICION DEL PACIFICO.

La lámina original que publicamos en la primera plana, dará á nuestros lectores de provincia idea de lo que es esta notable Exposicion, que hace dos semanas lleva al jardin Botánico una inmensa concurrencia.

No podemos, ni tampoco es del caso, hacer una descripcion detallada de los infinitos objetos reunidos allí, gracias á los desvelos y penalidades sin cuento sufridos por la Comision, alguno de cuyos individuos ha perdido la vida en aquellas regiones apartadas, pero si diremos que tanto la coleccion etnográfica reunida por el Sr. Almagro, como las de mineralogia y botánica, formadas por los ya difuntos señores Amor é Isern, como las de reptiles, peces, insectos y moluscos, son tan escogidas como curiosas, y hacen honor al celo y amor á la ciencia de los ilustrados y entusiastas naturalistas que durante tres años y medio se han consagrado á tan útil como peligroso trabajo.

En cuanto al sitio de la Exposicion, está perfectamente dispuesto y acondicionado, ocupando la cátedra, el pórtico y las estufas del jardin Botánico. Solo falta que, como algun periódico ha indicado, se permita la entrada en las primeras horas de la mañana, sobre todo en los dias calurosos del verano; con lo cual tendrá mayores alicientes el paseo en aquellas deliciosas alamedas, y nadie dejará de admirar el fruto de una expedición á países donde acaso no se recordaba ya el nombre español.

Á VENTURA DE LA VEGA.

Poesía.

Vate, no vengo á llorar
sobre tu tumba de gloria:
evocando tu memoria
vengo tan solo á cantar.

La madre patria sintió
de tu muerte el rudo espanto:
ella te manda su llanto;
una flor te mando yo.

Que el afan hondo y prolijo
eco de eterno querer,
sólo lo llega á saber
la madre que pierde un hijo.

Si hasta el cielo donde vives
llega mi voz que te nombra:
si es mi plectro débil sombra
de la luz que tu recibes;

Oyeme: soy español;
nuestro pecho y nuestra frente,
acaricié un mismo ambiente
é iluminó un mismo sol.

Tú como yo has aspirado
nuestras glorias tutelares:
de igual patria les pesares
tú como yo has devorado.

Ella tu cuna arrulló
y á tu cadáver dió abrigo;
tambien á mí, suelo amigo;
¡quién sabe si tumba no!

Feliz si en igual carrera
donde tú vengo á morir;
¡mal pudiéramos dormir
en una tumba extranjera!

Feliz como tú tambien
si al dejar liviana vida,
cual tú de laurel ceñida
llevara la noble sien.

Dios que los dones reparte
de su aliento soberano;
Dios en cuya inmensa mano
brilla la llama del arte,

Para mostrar los caminos
que abren dichas ignoradas,
sus arpas por Él templadas
da á los cantores divinos.

Y cuando de gloria en pos
dejan el valle profundo,
sus notas repite el mundo,
sus lirás recoge Dios.

En sus urnas sepulcrales
ora y gime el pueblo fiel:
alza inspirado cincel

sus estatuas colosales.

Y los que á su canto imitan
llevan un ferviente amor;
flores de eterno color
que los cierzos no marchitan.

Por eso en vez de llorar,
vate, en tu tumba de gloria,
evocando tu memoria
vengo tan solo á cantar.

La madre patria sintió
de tu muerte el rudo espanto:
ella te lleva su llanto;
una flor te llevo yo.

Las edades pasarán,
mientras tus notas divinas
sobre las negras ruinas
de los siglos flotarán.

Y tu ingenio soberano
recibirá culto ardiente,
en donde quiera que aliente
un corazon castellano.

El pueblo que te amó ayer
te unirá á su porvenir;
¡feliz quien pueda morir
donde ha venido á nacer!

¡Feliz quien de tanta gloria
goza el inmortal renombre,
y deja á la patria un nombre
tan grande como su historia!

FEDERICO DE PALMA Y CAMACHO.

(Granada.)

SAINT-LÓ.

Cabeza de partido en el departamento de la Mancha, Saint-Ló es una villa de cerca de 40,000 habitantes, edificada sobre la orilla derecha del Vire. Llamada en lo antiguo *Briovera* (puente sobre el Vire) tomó en el siglo XVI el nombre de un obispo de Contauces, que ha conservado hasta nuestros dias.

Destruida en 890, fué reedificada veinte años despues por los normandos, que la fortificaron. En 1346, cayó en poder de Eduardo IV, rey de Inglaterra. Sufrió tambien mucho durante las guerras de religion.

Saint-Ló es un pueblo esencialmente industrial y comercial, encontrándose en ella grandes fábricas, sobre todo, de tejidos y cuchilleria. Sus principales monumentos son: la catedral, edificio gótico del siglo XV, cuyas dos flechas, construidas doscientos años despues, están reproducidas tres veces en nuestro grabado de cabecera, y su hotel de ville, representado en el medallon de la derecha, y que pertenece á la misma época.

Merece notarse tambien la iglesia de Santa Cruz, monumento histórico, cuya fundacion se atribuye á Carlo-Magno, y que ha sido restaurado recientemente.

ANTIGUA ABADÍA DE LONGCHAMPS.

Ofrecimos, hace algunos números, al publicar la vista del aspecto que ofrecia en el siglo pasado el paseo de Longchamps, publicar tambien la de la famosa abadía que le dió su nombre, y de la cual no queda ya el menor vestigio, gracias al espíritu innovador que ha dominado siempre en la córte de Francia.

En el primer grabado de la última plana, tienen nuestros lectores cumplida la promesa, contentándonos con añadir que el dibujo está copiado de uno de la época, y que el edificio era en efecto tal como se representa en él.

Solucion del Geroglífico publicado en el número 57.

Yendo y viniendo
me fui enamorando,
empecé riendo
y acabé llorando.

Rectificacion. Advertimos á nuestros apreciables suscritores, que en algunos ejemplares del número anterior, se puso equivocadamente núm. 59, debiendo ser el 58.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

D. J. P., de Arenys de Mar; remitidos los sellos; queda suscrito; mandamos los números.—P. P., de Falset; recibidos los sellos, importe de las suscripciones; hemos mandado los números.—R. F. C., de Canarias. Puerto de Cabras; hemos recibido el importe de las cuatro suscripciones de un año, con veintiocho reales que Vd. se sirve mandarnos; le damos las gracias por el interés que se toma por esta publicacion.—B. R., de Oviedo; recibidos los sellos, importe de las dos colecciones.—P. P., de Falset; recibidos los sellos, y remitimos las dos colecciones encuadernadas, conforme con el precio.—J. de P. Cabré, de Pobleda; recibidos los sellos y queda suscrito el Casico de esa.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cebaza, 12, principal



ANTIGUA ABADIA DE LONGCHAMPS.



LA TERCIANA, ESCENA DE CARNAVAL EN EL PERÚ.

UNA MASCARADA EN EL PERÚ.

El Perú es uno de los países más interesantes, y de costumbres más estrañas de la América del Sur.

Una de sus principales diversiones son las mascaradas. Las más notables, que se celebran en el Cuzco, forman dos series muy distintas. Las unas no aparecen más que en la época del Carnaval, y desaparecen como las aves de paso; las otras son una especie de mascaradas religiosas, de las cuales hemos ya dado

idea anteriormente, y que no tienen estacion fija.

Entre las más raras del Carnaval, merece citarse la que representa nuestro grabado, que es una especie de alegoría cómica de la terciana. Le constituyen un indio de edad madura, cuyo traje se compone de un sombrero de paja lo más roto posible, y una colcha de cama á guisa de manto, llevando además, en vez de baston, una malva medicinal en que se apoya; á su lado caminan dos jóvenes grotescamente ataviados, uno de los cuales va cargado con una silla, y el otro con una jeringa formidable. De cien en cien pasos, el per-

sonaje simbólico, que copia á lo vivo en su gesto y sus ademanes todos los síntomas de la enfermedad, se detiene y saluda á los transeuntes; despues se arrodilla sobre el asiento del jóven, y levantando la colcha que lo envuelve, repite con ayuda del porta-jeringa, la escena familiar indicada por Moliere en su *Enfermo imaginario*.

La civilizacion europea, al penetrar en aquellas regiones, no ha logrado desterrar todavía esas fiestas groseras que forman allí el encanto y la gloria del populacho.